

La caza

A José Luis Jover y Mercedes Escolano

Cielo triste
 cielo mira mujer con niño dentro
 hombre solo mira cielo
 mira niño
 mira mujer sola
 pintada en cielo triste

indio pone quena en boca
 quena silba mágica
 trota en aire
 llama pájaros
 pájaros duermen en monte
 no quieren despertar
 no saben volar en cielo triste

de pronto cielo fulge
 de pronto cielo truena
 abre esclusa
 toca címbalos y llora
 viene pájaro en medio de tambores
 pájaro espino la música buscando

quena encuentra pájaro qui vola
 rara escoba baila cielo triste
 danza tosca
 pájaro insolente
 pájaro que baja
 oh pájaro infelice en lluvia dibujado

alegre santo espíritu cruzando cielo triste
 cielo llove pájaros y lluvia
 quena llora pájaros cursivos
 santo espíritu a pájaros espera
 al cabo pico santo
 rompe pájaros ingrátidos
 plumas llueven
 en garra de Dios pájaro abolido

indio sella boca
 guarda quena
 santo espíritu vuelve a las montañas
 ya no pájaros
 no ojos mirando cielo triste
 sólo un hombre solo
 una mujer sola con niño dibujando
 el rastro del espíritu

el caos que se avecina

(11/12/99)

POÉTICA

Como escritor de poesía -y como lector-, me obsesiona la música, y me obsesiona hasta un punto de exacerbación tan alto que, por preservar el ritmo -o la ruptura del ritmo- en mis composiciones, soy capaz de alterar, de arriba a abajo, la que pretendo decir, de inventar palabras, de acudir al lenguaje de mis antepasados o de romper la sintaxis: lo admito todo, lo admito absolutamente todo, con tal de salvar la música de todo lo demás, y dejarme llevar por su oleaje. Existen otros recursos poéticos, pero el ritmo, y la música, me parecen estrategias fundamentales a la hora de llevar a los lectores a ese estado de catarsis que facilita su integración en el paisaje de mis visiones.

A la hora de construir esas "visiones", prefiero no dejarme llevar sólo por el inconsciente, y tiendo a poner sobre la consciencia el control de la realidad y de la lengua. Creo en el poder de la imaginación cuando se usa de un modo consciente para construir de nuevo el mundo. Uno ve un farol, y si hablara de sus "rayos de luz" estaría dibujando la realidad; pero si hablara de los "dedos de la luz", si pintara las "lanzas de la luz" atravesando el frío de una noche de invierno, seguiría dibujando la realidad, pero dotaría a la luz de una dimensión mágica que permitiría al lector sentirse tocado por la luz, roza-do por la luz, atravesado por la luz.

La experiencia personal, o la cultura, no me sirven, por sí mismas, para construir visiones, si no las hago pasar de un modo consciente por los atanos-res de la imaginación. De todas formas, me siento muy incómodo con ambas. Prefiero construir sobre realidades universales y, de un modo más concreto, sobre el poder de evocación de las cosas. Ellas son, en mis composiciones, el "tercero" en liza: me apasiona cómo median entre el lector y yo. Dejando a un lado la música inherente al lenguaje, creo que las cosas son la principal fuente de emoción en todos mis poemas, no tanto porque sean prolongación mía, cuanto porque yo me sé su proyección sobre el mundo que me ha tocado habitar. Con ellas puedo, sin hablar de mí, escribir las mejores y más sinceras líneas de mi vida.

O de mi muerte, por cuyas cercanías he mero-deado últimamente más de lo debido, y de cuya experiencia ha nacido la voz que en mis poemas habla. La que os entrego.

LA COBRA

A Sabas Martín

Como un cayado quieto que colgado del aire
un pastor olvidara, como una cuerda negra,
negra sogá
que las sombras dejaran en mi lengua,
así la Cobra es, la Cobra que se anuda
a los pies de mi cama, la Cobra que me mira
en los retratos con esos negros ojos
-muertos- de mis muertos que al borde la luz
-alegres- me saludan, la Cobra que reclama
los nombres que no dije, y ese amor con pájaro
que no supo morir y en el aire
me entrega -cantando- su escritura
como un cayado negro,
como una negra cuerda
al cabo de mi alma abandonando
la música robusta de las letanías,
mientras ángeles duermen sobre un reclinatorio
tembloroso, puertas abren
manos, tañen pías campanas,
grecos entran, máscaras bailando
en medio de la noche,
sombras musculosas del otro lado acuden,
tejen rara música en mi torno
y el helor de su fauce en los hombros me dejan
para luego arrojar hacia un rincón el ánima,
y yo lo veo todo, al fondo una mujer
con flores secas llora
como una cicatriz abierta en la solombra,
y advierto con ternura -sólo entonces-
que todo cuanto tuve como un zapato viejo
en una caja cabe
y la caja en la zanja
de las letanías
donde una flauta yace
con esa Cobra dentro.

(02/01/2001)

LA VOZ

La Voz,
dónde la Voz
que en mi boca cabalgaba?
Dónde la Voz
sobre el yerto barro húmedo arrojada
antes de que yo
antes de que todo fuera
la voz que nombró todas las cosas
que las hizo emerger de los silencios
con una flauta en la mano?

La Voz huyó entre las zarzas
atravesó las cárcavas y el monte
se arrojó a los ríos
como un fardo viejo de olvidadas palabras
en el nido del águila descansó
durmió sobre las dunas
y las sandalias halló
al despertar
que Dios se quita cuando bañarse quiere
desnudo en sus torrentes

Mas quién al dolor se arroja
y como pájaro espino
en él a morir se presta
por hallar la Voz que nos escoge?

(1986-1999)

LA VOZ

I

Así que cierro el libro,
así que el libro sello -y sus ventanas-
y en la puerta un tranco pongo
que aun seco me proteja
de las apariciones,
amanece la Voz
como un ser invisible
que al borde de mis ojos se acercara
y en mi boca sus deseos dejara caer,
sus pájaros joviales,
el oscuro fulgor
de un silencio que canta
cuando el libro arrojo
a los estantes fríos,
donde no entra la luz
en cuya lumbre yazgo.

II

Yo la escucho llegar cuando los libros duermen
sobre los ceniceros. A lomos de caballo
una voz emerge y cruza el rumoroso
silencio de las habitaciones. Y el caballo
me mira con una luna negra,
el umbroso caballo colgado de los vientos,
el caballo que danza, el caballo que clava
sus airados cascos sobre mi cicatriz.
Rara Voz que llega oculta entre las crines
cuando nadie hay en la casa que te llame:
un caballo sólo que en la lengua irrumpe
cuando en mi voz una Voz despierta
y en mi boca el relincho de un lejano fuego

MUJERES EN EL JARDIN DE LA MEZQUITA

Oculto entre los naranjales
a cámara lenta pasan las mujeres
cantan los vestidos
de las mujeres que pasan
y a cámara lenta miran donde yazgo
como si yo estuviera
mirándolas
pasar

Bajo su falda
la sombra rinde el moecín
y a cámara lenta la oración se duerme
y las abejas liban
y el minarete calla
detiéndose en el aire los pájaros también
congelados se quedan
colgados de los tiestos
y el sol ciñe su fajín ladéase el turbante
a cámara lenta se arrodilla
y entre sus piernas muere
como muere un cuchillo
en el rumor del agua
entre las rosas

Anochece
y se inclina el azahar y con su boca
besa las campanas
las mujeres que tañen
con jazmines despiertos en los dientes
a cámara lenta
bajo los naranjales
mujeres que volan
pintadas en el viento
como si yo estuviera
como si yo no fuera de cuerpo presente
mujeres que ríen
mujeres con cestas
que lentamente pasan
cabellos negros
negros caballos negros
negros relinchos
de alazanes negros
que lentamente caen de sus vestidos
sobre la cicatriz
como un latigazo en medio de la noche
como una navaja
de plata en mi cuello
entrando en los ojos
del muerto
que mira pasar a las mujeres
bajo los naranjales
a cámara lenta
a cámara lenta
a cámara lenta

(1984-1999)